

Inma Rubiales

El arte de ser nosotros



LOGAN TURNER

Logan

Me va a estallar la cabeza.

Lo primero que veo al abrir los ojos es blanco. Un techo, sí. Y algo rosa y de goma que se balancea. Creo que tiene forma de pene. Reconocería uno en cualquier parte, incluso teniendo una resaca de la hostia, como ahora. Y, a juzgar por lo blando que siento bajo el cuerpo, estoy en una cama. Que no es mía. Es la única conclusión a la que puede llegar mi cerebro en sus lamentables condiciones: yo no tengo ningún dildo, ergo, estoy en la cama de otra persona.

Ayer me pasé con el alcohol. Bostezo y trato de incorporarme, pero acabo tumbándome de nuevo con un gemido. La habitación me da vueltas. Creo que voy a vomitar. Me permito cerrar los ojos durante un momento para centrarme. Bien. Manual posfiesta activado.

Hay dos cosas que uno debe comprobar cuando se despierta con resaca en una cama ajena. En primer lugar, si sigue vestido, y, gracias al cielo, yo lo estoy. Y, para continuar, si ha dormido solo. Nada más necesito que ese pensamiento se me pase por la cabeza para obtener la respuesta. Lo sé incluso antes de girarme.

Mierda.

Lo peor es que ni siquiera sé quién es.

La chica sigue dormida. Tiene la piel pálida y pecosa, las pestañas gruesas y los labios carnosos. El flequillo rojizo le cae sobre la frente. Y, por suerte, también está vestida. Por más que intento poner en funcionamiento mi cerebro para recordar su nombre, no encuentro nada. Cero resultados. No sabe, no contesta.

Y estoy bastante seguro de que anoche la besé.

No pienso volver a beber.

Mi filosofía en estas cosas es que, a lo hecho, pecho. Estábamos borrachos. Y para ninguno significó nada. Lo mejor será que me largue antes de que se despierte y nos veamos envueltos en una conversación incómoda. Con esto en mente, intento volver a incorporarme, y entonces siento un tirón brusco que casi me arranca el brazo. Y el siguiente problema se materializa ante mis ojos.

Alterno la mirada entre su muñeca y la mía.

Estamos esposados.

¿Por qué coño estamos...?

No me da tiempo a averiguarlo. De pronto, la desconocida abre los ojos.

—No grites. —Mi voz sale ronca debido a la resaca. Lo último que necesito ahora mismo es que me reviente los tímpanos.

Sin embargo, su primer impulso no es chillar. En cuanto me ve, se incorpora a toda prisa y mira alterada lo que nos rodea.

—No —susurra fuera de sí—. No, no, no, no.

Aparta la sábana con brusquedad para asegurarse de que sigue vestida. Vuelvo a sentir un tirón en la muñeca, solo que ahora ella lo nota también. Se pone todavía más pálida cuando su mirada recae sobre las esposas.

—No puedes decirle esto a nadie —pronuncia atropelladamente—. Hablo en serio, Logan. Linda no puede enterarse.

Me quedo trastocado durante un segundo. Bueno, ella sabe cómo me llamo. Y ha dicho un nombre que sí conozco. Mi cerebro con resaca es incapaz de encontrar la relación que tiene Linda con todo esto.

—No hay nada que ocultar. —Mantengo la calma—. No pasó nada.

Un beso, vale, sí. Que fue la hostia de intenso. No recuerdo los detalles. Solo eso y que al besarla pensé: «Joder».

Mi mirada cae sobre sus labios carnosos y mordidos. Parece que ella también se acuerda, porque se aclara la garganta con nerviosismo.

—Tiene que quedar entre nosotros —insiste—. Esto no ha pasado. Promételo.

No soy de hacer promesas. Mucho menos a desconocidas. Señalo las esposas.

—Quítame esta cosa y me perderás de vista.

—Bien. ¿Dónde tienes las llaves?

—¿Por qué iba a tener yo las llaves?

—Estoy segura de que esto fue idea tuya.

Mi rostro se tiñe de incredulidad. Bueno, puede que la situación esté empezando a mosquearme.

—No tenía ninguna intención de acabar esposado a ti anoche, créeme.

—Es la única explicación lógica.

—¿Crees que voy por ahí esposándome a chicas borrachas?

—Teniendo en cuenta tu reputación, no me extrañaría.

—Mi reputación —repito con burla. No me sorprende notar el desdén en su voz; ya me he acostumbrado—. No pareció importarte mucho cuando decidiste meterte en la cama conmigo.

—Fue culpa del alcohol.

—Claro.

Mi tono irónico la saca de sus casillas. Gime con frustración.

—No me creo que esto esté pasando de verdad —masculla—. ¿En qué coño estaba pensando anoche?

—Probablemente, no en tu amiga Linda.

Me dirige una mirada que casi me manda bajo tierra.

—¿Qué? Eres tú la que ha dicho que no puede enterarse.

—No me extraña que piense que eres un capullo. —Sé que tenía intenciones de ofenderme. Me encojo de hombros, como si nada, lo que la enfada todavía más.

Molesta, mira lo que nos rodea. Como es de esperar después de una fiesta, la habitación está hecha un desastre; hay sábanas, cojines y latas de cerveza por el suelo. Me sorprende que hayamos sido los únicos en dormir aquí. Si no recuerdo mal, ayer había mucha gente.

—Si ninguno de los dos tiene la llave, debimos de dejarla en algún sitio —reflexiona en voz alta.

—Felicidades. No se me había ocurrido.

—¿Alguna idea? —gruñe como respuesta.

Vuelvo a echar un vistazo al dormitorio. Aún me duele la cabeza. Y buscarla aquí sería como intentar encontrar una aguja en un pajar. En resumen, estamos jodidos.

—En esta casa nada tiene sentido.

Suspiro y dejo caer de nuevo la cabeza sobre la almohada. La desconocida da un respingo cuando nuestros brazos se rozan por accidente. Después sube la vista al techo, siguiendo mi mirada, y hace lo más gracioso que puede hacer alguien en estos casos.

Se pone roja.

Muy roja.

Sonrío. ¿Quién diablos es esta chica?

—No me digas que es el primero que ves —comento burlón.

—Pues claro que no. —Aparta la mirada a toda prisa. Parece nerviosa—. Deberíamos... deberíamos mirar en el piso de abajo.

—Bien. Acabemos con esto.

Intento ponerme de pie, ella hace lo mismo y vuelvo a sentir el tirón en la muñeca porque hemos ido en direcciones distintas.

—Te toca salir por aquí —le advierto, dándole otro tirón. No pienso ceder yo.

Resopla y gatea por el colchón para pasar por mi lado.

Cuando me pongo de pie, siento una oleada de vértigo que casi me hace perder el equilibrio. Me recompongo y me paso una mano —la que no está esposada a una chica de mal humor— por el pelo. Me extraña no sentir el tacto de mi gorro contra los dedos. Miro a ambos lados y lo encuentro sobre la mesilla. Lo cojo y me lo guardo en el bolsillo de los pantalones antes de seguirla.

Fuera todo está en silencio. Tenemos que ir muy juntos y coordinarnos al andar, lo que arranca maldiciones de mi boca y de la suya. De vez en cuando nuestros brazos se rozan. Su piel está helada, quizá producto de haber pasado la noche cubierta solo por una sábana y ese vestido negro corto y ajustado. Ha debido de dejar los tacones en alguna parte, puesto que va descalza.

Intento hacer memoria de lo que ocurrió ayer. Los sábados siempre tengo mucho trabajo; volví tarde del estudio de tatuajes y Kenny se presentó en mi casa lloriqueando porque había vuelto a discutir con su novia, Sasha. A pesar de que no me van mucho las fiestas, sé sacrificarme cuando un amigo necesita salir a olvidar sus problemas. Por eso lo arrastré hasta aquí.

No recuerdo mucho más. Excepto el beso, claro.

Miro a la desconocida mientras bajamos la escalera. Lleva el pelo teñido de rojo oscuro.

—Mira, no sé qué te habrá contado Linda, pero...
—¿Vas a decirme que no tienes nada serio con ella?
—No estamos juntos —confirmo—. Así que no veo razones por las que haya que mantenerlo en secreto.
—Tú mismo has dicho que no pasó nada.
—Es la verdad. No pasó nada.
—Entonces no hay nada que ocultar.
—Bien.
—Bien.

Seguimos bajando.

—En realidad, estaría bien que se lo recordaras. Lo de que no estamos saliendo —añado, pasando la mano distraído por la barandilla—. Cómprale helado, siéntate con ella en la cama y dale pañuelos mientras le explicas por qué tiene que pasar página y olvidarme.

Frena en seco tan de repente que casi me choco con ella. Se gira hacia mí con los ojos llenos de rabia.

—¿Siempre eres tan capullo?
—Solo cuando me despierto de mal humor.

—Me ha quedado claro que eres un tipo duro, Logan. Siempre tan sarcástico. Siempre dándotelas de inalcanzable. Lo que me sorprende es que haya gente que realmente te soporte.

Joder. Esta chica me odia de verdad. No es solo que esté molesta conmigo. Noto el desdén que transmiten sus palabras. Y lo peor es que tiene razón. No hay casi ninguna persona en el mundo a la que le caiga bien.

—Encontremos la llave de una vez —contesto con sequedad. No quiero que se dé cuenta de que su comentario me ha dolido.

Cuando llegamos a la planta principal, se oyen voces desde la cocina. El primer impulso de ambos es ir en dirección contraria. No estoy de humor para soportar a más gente y supongo que ella sigue obsesionada con que «esto» se quede entre nosotros. Entramos en el salón y nos abrimos paso entre los vasos de plástico usados y las bolsas de basura que hay en el suelo.

Caminar con las esposas es una tortura. Los tirones constantes me están destrozando la muñeca. Lo más sensato sería entrelazar las manos, pero no se lo digo. Ella tampoco lo menciona.

—No le veo mucho futuro a tu plan —comento cuando me lleva hasta el sofá para mirar entre los cojines.

Lanza un par al suelo de mal humor.

—Al menos yo tengo un plan.

—¿Ponerte a buscar una llave minúscula en una casa que está hecha un desastre? Seguro que da buenos resultados.

Se vuelve a mirarme, cabreada.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Lo de las esposas no fue idea mía. Tú sabrás.

—No me creo que tú le gustes a Linda.

Casi pierdo el equilibrio cuando se agacha de golpe para mirar debajo de la mesa. Apoyo una mano en el sofá y procuro mantener la vista lejos de su zona trasera.

—Créeme, ojalá *no* le gustase a Linda.

—Es mejor persona de lo que tú serás jamás.

—En ese caso, no sé por qué pierde el tiempo conmigo.

—Se lo digo todos los días —responde incorporándose. Se sacude el vestido con la mano libre—. *Todos* los días.

Por si me quedaban dudas, el misterio de por qué me odia más que el resto de la población está resuelto.

—Déjame adivinar, ¿sois amigas del alma? ¿Unidas hasta la muerte y todas esas chorradas?

—Es mi mejor amiga —gruñe.

—Entonces sabrás de primera mano lo obsesionada que está conmigo.

—No sé qué es lo que ve en ti.

—Bueno, tú debiste de verlo también. Anoche te lanzaste sobre mí, ¿no?

No iba a sacar el tema del beso. No *debería* haber sacado el tema del beso. Pero tengo la necesidad de cerrarle la boca, y lo consigo. Se queda bloqueada un momento y después me suelta:

—Yo no me lancé sobre ti.

—Claro que lo hiciste. Y además estoy seguro de que te gustó.

—Se sobresalta cuando tiro de las esposas para acercarla a mí—. No me acuerdo de casi nada, pero sé que me besaste. Con ganas, además. Aunque, sinceramente, todavía no entiendo lo de las esposas.

Estamos frente a frente, y puedo notar a la perfección cómo mi cercanía le acelera la respiración. Entiendo por qué me fijé en ella ayer. No solo no está nada mal, está mucho mejor que bien. Tengo un gusto exquisito incluso cuando bebo.

Hace esfuerzos por sostenerme la mirada.
—Tú me besaste a mí.
—¿Después de que me suplicaras?
—No, fue jugando. A la botella. Y la única razón por la que dejé que nos esposaran fue para no tener que besarte de nuevo.
Bueno, tiene sentido. Si accedí a jugar a una estupidez como esa, tenía que ir hasta arriba de alcohol.
—Entonces fue idea tuya —concluyo, con sorna, solo porque sé que se pondrá nerviosa.
Y, en efecto, así es.
—Creía que solo sería durante un rato.
—Eso no explica cómo acabaste en la cama conmigo.
—No tengo la fuerza suficiente para llevarte hasta allí, así que quizá deberías plantearte por qué tú accediste a venir.
Sonríó. Mi mirada baja, de nuevo, hasta su boca. Y luego sube hasta sus ojos.
—Mírate. Seguro que es tu primera fiesta universitaria.
—Cada vez veo las señales más claras—. ¿Eres de primer año?
Aunque sigue manteniendo la compostura, noto que la he desconcertado.
—¿Te importa?
—En efecto, novata. No sois mi tipo. No te ofendas, no es nada personal. Es evidente que ayer iba muy borracho.
—Te besé una vez, Logan. Y fue un error.
—Suerte que no va a repetirse, entonces.
—Sí, suerte. Y gracia divina.
De pronto, oímos el sonido de la cadena del retrete y se abre una de las puertas del pasillo. Reaccionamos al mismo tiempo e intercambiamos una mirada rápida. Por suerte, quienquiera que sea no se dirige al salón. Antes de que pueda soltarle otro comentario mordaz, la desconocida tira de mí hacia el pasillo.
—¿Se puede saber qué haces?
—Se me ha ocurrido una idea. Cállate.
Un minuto después, nos ha encerrado a los dos en el baño con pestillo.
—Iba en serio cuando decía que no pienso volver a liarme contigo —aclaro por si acaso.
Me empuja para que la deje pasar. Solo que me arrastra con

ella, claro, porque seguimos llevando las esposas. Pone las manos sobre el lavabo y mi cerebro ata cabos cuando abre el grifo y coge la pastilla de jabón.

—No va a funcionar —le adelanto.

—Voy a probar cualquier cosa con tal de dejar de oírte.

Alzo la mano libre en son de paz. Ella no me está mirando; se encuentra demasiado concentrada embadurnándose la muñeca con jabón para intentar deslizarla fuera de las esposas. Me apoyo en la pared con el brazo estirado para que no me dé tirones mientras la observo.

Es atractiva. Bastante. Pelo rojo oscuro, ojos verdes, pecas, de estatura media. No hay nada mucho más destacable en ella. Conozco a varias chicas con las mismas características, y por eso sigo sin entender por qué el beso de anoche estuvo a ese nivel. Creo que me costará unos días sacármelo de la cabeza.

—Mierda —masculla, frustrada, cuando hace el tercer intento y su mano sigue sin caber por el hueco de las esposas.

—Te lo dije —menciono solo por incordiar.

Sin decir ni una palabra más, se enjuaga la mano y abre el armario de encima del lavabo. Revuelve un cesto lleno de accesorios para el pelo. Cuando por fin encuentra lo que busca, me arrastra fuera del baño y yo obedezco porque, joder, qué otra cosa voy a hacer.

Nos detenemos junto a la escalera y se pone a enredar en las esposas. Yo me agarro la muñeca y hago una mueca al comprobar que el metal me está dañando la piel. Se aprecia la rojez incluso por encima de los tatuajes.

—¿Sabes por qué no me caes nada bien?

Alzo la mirada ante ese ataque tan gratuito.

—Sorpréndeme. Me muero de ganas de descubrirlo.

—Sé cómo eres.

—Sabes cómo dicen que soy —la corrijo.

—Sé cuál es tu actitud. Sé que vas de tío duro por la vida. Que utilizas a las chicas como te apetece, que las ilusionas y después las abandonas como si nunca hubieran significado nada para ti.

—No me mira; sigue concentrada en las esposas—. Creo que la forma en la que tratamos a los demás es un reflejo de lo que sentimos por nosotros mismos. Y, a juzgar por lo que he oído de ti, tú estás muy jodido, Logan.

—No tenemos la misma visión de los hechos —respondo con frialdad. No me escucha.

—Resulta que Linda es mi mejor amiga. Y tú le has hecho daño. —Por fin alza la mirada hacia mí—. Y además llevas toda la mañana portándote como un imbécil conmigo. No es que tengas muchos puntos a tu favor, ¿sabes?

—¿Has terminado ya?

Mi rostro se contrae en una mueca cuando da un tirón fuerte de las esposas.

El corazón me da un vuelco cuando la miro y descubro que tiene las manos libres. Y que eso no es lo peor. No es solo que siga esposado; es que ha cerrado su lado de las esposas en torno a la barandilla de la escalera.

—No me jodas —susurro.

Cierro los ojos para no perder los estribos.

Al abrirlos, la veo poniéndose el pasador de pelo que ha utilizado para liberarse.

—No irás a dejarme aquí, ¿no?

—Suerte arreglándotelas por tu cuenta.

Se da la vuelta para marcharse. Muevo el brazo para soltarme, pero es inútil.

—Estás equivocándote conmigo. —Se detiene y me mira por encima del hombro, expectante. Sé que busca una explicación. No se la doy—. ¿No vas a decirme cómo te llamas?

Durante un instante, me parece ver sorpresa en sus ojos. Puede que haya dado por hecho que la conocía. Quizá sí que tenga razones para estar tan enfadada, a fin de cuentas.

—¿Para qué quieres saber mi nombre?

—Para pedir que te vaya muy mal en la vida cuando practique mi próximo exorcismo.

Vacila. Y yo la desafío en silencio a decírmelo. Transcurridos unos segundos, responde:

—Me llamo Leah. Y no suelo equivocarme con las personas.

Suena como una sentencia. Como un «creo que eres una mala persona y lo seguiré pensando durante toda mi vida». Y lo peor es que podría hacerla cambiar de opinión. Ahora mismo. Podría contarle lo que pasó en realidad con Linda; que nunca quise hacerle daño, que todo lo que ha dicho sobre mí es menti-

ra. Y que lo que cuenta la gente sobre Clarisse y yo también lo es. Son solo rumores. Dañinos.

Y ella se los ha creído. Sin dudar.

Por eso dejo que se vaya. Todos somos los malos en las historias mal contadas. Y nadie que juzgue a una persona sin conocerla merece realmente la pena.